

FLOR DE MARIA

ENSAYO DE NOVELA

CUATRO PALABRAS

Este libro no contiene una novela, precisamente. Contiene un ensayo de novela, escrito con la aspiración de obtener una forma que pudiera servir de modelo a los jóvenes estudiantes del Instituto Nacional en los concursos literarios que anualmente promueve el Rector de esa institución.

Como debe corresponder a un libro de su índole, los personajes están esbozados apenas, acentuado el perfil de cada uno, más o menos, según el término que ocupa en la trama del cuento. Con todo, cada uno de ellos es una persona distinta, perfectamente definida, que habla y piensa a su modo.

El libro fue tildado de inmoral, veladamente; pero los que tal cosa dijeron se equivocaron, tal vez a sabiendas, porque, no solamente no existe en sus páginas nada que pueda ser ni remotamente inmoral, sino que los personajes principales de la obra se ajustan tan estrictamente a la moral de Cristo, que en el cumplimiento de lo que ellos creen su deber pasan del sacrificio para elevarse hasta el martirio.

Son cuatro palabras que debo al público que lee.

EL AUTOR.

Panamá, junio de 1922.

FLOR DE MARIA

I

—Ve usted aquella boya situada a la izquierda? Pues bien: vendrá a quedar a nuestra derecha. Es increíble el círculo tan grande que tenemos que describir para llegar a la boca del estero. Y todo podría remediarse con un poco de dinero. Es cuestión de abandono, de pereza, de no sé qué. . .

—Creo que es usted un poco pesimista. Con una naturaleza tan hermosa, tan pródiga, deben ustedes ser muy felices.

—Precisamente ahí está el principio de nuestra dolorosa situación. Nuestras poblaciones están en ruinas y nuestros campos vacíos porque cada cual se contenta con producir —o con recoger, eh —lo estrictamente necesario para su subsistencia. Si hubiese un poco de ambición, un sentido estricto del deber . . . Ya verá como al final no encuentra usted sino naturaleza, esa naturaleza deslumbradora que lo ha cautivado.

Hablaban así en la proa de un vapor costanero Raimundo Romero Méndez, Ingeniero Civil panameño, y un joven colega norteamericano, enviado al Istmo por una compañía de su país, para que rindiera cierto informe que precisaba sobre unas fuentes de petróleo pertenecientes al padre de Raimundo.

El joven Romero Méndez tornaba a su pueblo natal después de algunos años de permanencia en los Estados Unidos, donde su cerebro y su carácter acabaron de modelarse.

La tarde caía lentamente. Los manglares se sucedían en perspectivas interminables, dorados por un sol rojo al humo de las quemas vecinas que manchaban el azul sereno del cielo como incendios de aldeas arrasadas. En la quietud del mar algunas velas lejanas ponían sobre la cinta azul del horizonte su nota blanca, como cisnes

de leyendas bogando sobre un mar de esmeralda. Las gaviotas pasaban graznando alegremente y, de tarde en tarde, alguna garza perezosa cruzaba sobre el espejo inmóvil del agua dormida en los canales como una mujer enamorada de sí pudiera pasar ante un cristal de Venecia.

El vapor había penetrado resueltamente en los esteros y al iniciarse el crepúsculo, el paisaje adquiriría por momento proporciones estupendas. Ya eran jardines de encendidas rosas de Jericó que se deshojaban sobre el tisú violeta de la tarde; ya inmensos campos de crisantemos del Japón que se tornasolaban en una cinematografía inconcebible; ya Vesubios fantásticos que después de empinarse orgullosamente al cielo se borraban como por arte de encantamiento o ya Romas de púrpura y de ónix que ardían en un incendio inverosímil de brujería y de cuento de Hadas. Y a veces hasta parecía oírse el estruendo pavoroso de toda aquella maravilla cayendo deshecha en ruinas en el fondo radiante de los cielos infinitos. . .

Los dos jóvenes habían quedado inmóviles y absortos en la proa de la nave. Raimundo al ver reproducirse los viejos paisajes de la tierra natal, se había enternecido y veía desfilar ante sus ojos húmedos, mil y mil cuadros de su infancia. Sus padres, sus tíos, sus amigos, el señor Cura, el Médico. . . Su caballo, Lucero. Y Flor de María, su prima. . . su dulce prima. . . Cómo la había olvidado. Pobre Flor de María!

El extranjero estaba encantado ante el espectáculo maravilloso que se ofrecía a su vista. Era la primera vez que visitaba el trópico y el vigor de nuestra naturaleza lo deslumbraba. Y al fin exclamó:

—Es soberbio, sublime todo esto. . . No concibo su excepticismo.

—Tal vez sea hijo de mi cariño por mi tierra y de mi afán porque se provoque una rápida reacción. En fin, ya veremos. Usted sabe que vengo a trabajar.

Frente a la proa del barco había aparecido el muelle del puerto con su techumbre de zinc, desnudo de pintura. Se notaba entre la gente de tierra inusitada concurrencia y nervioso ir y venir de personas y caballos. Raimundo se sorprendió ante tanta actividad e inquirió del Capitán si aquello sucedía siempre que llegaba el barco.

—No señor: esa es la gente que viene a recibirlo.

--A mí?

- A usted. Parece que hasta tienen preparado un baile.
- Qué opina usted, Mister Henry. Llegamos con suerte.
- El corazón me lo daba, mi amigo.
- Que así sea. Yo me alegro por usted.

A medida que el vapor se iba aproximando al muelle, se percibían entremezclados en un vago rumor de fiesta, el estallido de los cohetes, el relinchar de los caballos que se encabritaban entre el humo y el ruido, y el monótono resongar de un tambor que, con una flauta, un violín y una guitarra, formaban la orquesta que alegraba el pueblo en los días de grandes festividades. Ya podían precisarse las personas: Allí estaba su padre, don Jesús, con su plácida figura de hombre de paz, a quien nunca preocupó nada ni nada alteró. Los años y la tranquilidad lo habían hecho un poco más obeso y un poco más risueño. A su lado, Don Pedro, su hermano, se destacaba del grupo gallardamente, como un hombre venido de otras latitudes. El tío de Raimundo, al contrario que su padre, estaba más delgado, había encanecido más y se había tornado más grave. A Mister Henry le costaría trabajo creer que Don Jesús y Don Pedro fuesen hermanos. Seguía, luego, Flor de María, su prima. Cómo había crecido la chiquilla y qué linda parecía a la distancia!. . . Seguía luego el señor Cura, el Alcalde, el viejo Maestro del pueblo, el Boticario catalán, los amigos, los condiscípulos, los mozos, la muchedumbre toda, que agitaba en lo alto los pañuelos y las ruanas de algodón.

Al acercarse el vapor al muelle, un viva a Raimundo, coreado por la multitud, se perdió en ecos interminables en la quietud de los esteros cristalinos. Vinieron, luego, los abrazos, las explosiones de ingenuo y sencillo cariño campesino. Los extraños fueron los primeros en avalanzarse a Raimundo que, estrujado y zarandeado, se volvía de izquierda a derecha para atender a todos, disimulando con una sonrisa de agradecimiento la contrariedad que le producía el brusco modo de expresar su contento puesto en práctica por sus amigos de la infancia, por sus sanotes y alegres paisanos.

Aplacado el júbilo de los amigos, pudo acercarse sonriente y feliz Don Jesús. El pobre señor no acertaba a hablar. Miraba a su hijo de pies a cabeza, maravillado. Al fin rompió:

- Pero si estás más hombre que yo.

Vinieron, después, Don Pedro, su tío; el señor Cura; el Médico

catalán, el Alcalde y, por último, Flor de María, que confusa y ruborizada se había quedado a la zaga.

—Raimundo!

—Flor de María!

—Abrazaos, primos, que para eso lo sois! vociferó el catalán
Y ellos se abrazaron, tímidamente.

—Pero estas muy linda, prima, musitó Raimundo.

Flor de María bajó la frente y replicó, susurrando:

—Y tú muy simpático.

Raimundo recordó entonces a su amigo Henry, que lo veía todo, sonriendo, a pocos pasos de distancia.

—Perdone, Mister Henry. . . Usted ha visto! . . .

—Oh, yo comprendo. . . No se preocupe usted, mi amigo.

Raimundo presentó a Mister Henry, de modo general, para evitar resentimientos.

—Padre, tío, señores: el caballero a quien les presento es un amigo que viene conmigo de Estados Unidos y yo suplico a todos que lo quieran lo mismo que a mí.

—Viva el amigo de Raimundo!!!

—Viva!!

Y en baja voz, Raimundo , advirtió a Flor de María:

—Espero que querrás a Mister Henry lo mismo que a mí.

Flor de María abrió los ojos llenos de ingenuidad, como si no hubiera podido comprender qué era lo que su primo quería decirle; pero Mister Henry, que adivinó, intervino:

—Lo mismo no, señorita. . . Yo sé que eso no puede ser. . .

Flor de María asintió con un gracioso y leve mohín.

—Nos vamos? inquirió Raimundo.

—Sí, vámonos. Tu madre está impaciente. La pobre se sentía tan emocionada que no quiso venir al Puerto. Ahí está el coche para ustedes.

—No trajeron caballos?

—Sí, ahí están: *Lucero y El Moro*.

—Entonces sigan: Mister Henry y yo iremos a caballo.

Cuando Raimundo se acercó a *Lucero*, el noble animal alzó la cabeza, enfiló las orejas y, como si reconociera en Raimundo al chiquillo amigo que aprendiera a cabalgar sobre su lomo, relinchó larga y jubilosamente.

Los jóvenes montaron y la comitiva se puso en marcha cuando ya apuntaban las primeras estrellas, entre el reventar de los cohetes y el relinchar de los caballos, a los sonos de la campesina orquesta, que daba al viento las notas de una danza familiar, que comenzó a resucitar en Raimundo una procesión de recuerdos dormidos en su memoria.

II

La comida, al decir de Mister Henry, había sido un gran éxito culinario. Era del todo imposible comer unos rabioles mejor preparados que los hechos por Guerini, el italiano dueño del almacén, ni un pavo relleno y un bacalao más ricos que los condimentados por Fontanet, el Médico del pueblo, además de que todos los platos eran exquisitos. Y si el menú era de lo bueno, los vinos no desmerecían al lado de las viandas; y los invitados a disfrutar de todo aquello estaban a la altura del acontecimiento.

Ocupaba el puesto de honor Raimundo, colocado en medio de sus padres. Al frente, Flor de María irradiaba de juventud, de gracia y de dicha, entre Mister Henry y su padre. Doña Dolores, su madre, no había podido asistir al acto por una lijera indisposición. Después llenaban la mesa el señor Cura, el Alcalde, el Médico, el italiano Guerini, un diputado que se encontraba de paso en la población—a quien llamaban pomposamente Don Píndaro—y algunas personas más, todo de lo más granado de la población.

—Pues yo declaro— confesó Mister Henry— que nunca he comido un pavo mejor que éste. Tiene un sabor tan especial!. . .

—Oh! ya irá usted conociendo poco a poco las especialidades que nos gustan por acá— repuso Fontanet, el Médico— cocinero de esa noche— Si usted hubiera sabido la historia de ese pavo casi estoy seguro de que no se lo come. Ni el señor Cura tampoco. Figúrese usted que ese pavo se lo regalaron a Su Paternidad cuando era pequeño. Era un pavo huérfano, y como el señor Cura tiene un alma tan buena, le tomó cariño y le quería ya como a una persona. Dice el señor Cura que San Francisco de Asís decía que todos, hombres y animales somos hermanos; pero yo creo que San Francisco era un tío y decía esas cosas por tomarle el pelo al señor Alcalde. Y verá usted: cuando yo supe que este barbián regresaba, me dije: por los alrededores no hay ningún pavo más limpio ni más gordo que el del señor Cura. Si le propongo venta, me dirá que no, de modo que lo mejor es robármelo y después darle su parte. . .

El señor Cura levantó la cabeza evangélica y dijo:

—Que Dios te perdone, hijo!

— Pero Su Paternidad no debe preocuparse, continuó Fontanet — Desde ayer puse el pavo a beber jerez para que no se diera cuenta

de lo que le iba a suceder. Camaradas! y hay que ver la manera de tragar vino que ponía en práctica el animalito. Como que parecía un norteamericano recién llegado a quitarse la sed de su país! . . . Le juro a Su Paternidad que se ha tragado tres litros de jerez por lo menos, de donde resulta que hoy era más jerez que pavo, razón por la cual el pavo se le ha subido a la cabeza al señor Alcalde, que a estas horas quisiera quitarse el cuello para entendérselas más cómodamente con el animal.

Bajo el peso de la risa general, el Alcalde, un mocetón colorado y bastote, enrojeció más de lo natural y dirigió a Fontanet una mirada de odio.

—De donde pudiera resultar que el señor Alcalde se congestionara y estallara.

—Encontrándose delante un Médico no hay cuidado, intervino Mister Henry.

—El señor no es Médico— rectificó vengativo el Alcalde—; el señor no es sino Veterinario.

—Pero el señor Alcalde sabe que por estas latitudes más necesario es un Veterinario que un médico. Y si no que lo diga el señor Cura.

—Dejadme a mí en paz y arregláos vosotros como querráis.

Fontanet era catalán de pura cepa y como tal, rudo, brusco, áspero; pero se hacía querer de todos los que le conocían porque en el fondo era bueno, leal y generoso. Sus palabras nacían como burbujas de jabón sobre sus labios y así mismo estallaban sin mayores consecuencias ulteriores. Era Veterinario, en efecto; pero ejercía de Médico a satisfacción general y con mucho acierto, y aunque en verdad su recetario era muy reducido, él lo aplicaba con discreción y si en muchos casos no benefició, tampoco hizo mal. Y así se había hecho querer de todo el mundo por servicial, generoso y desprendido.

Raimundo era quizás el más grave de los comensales. Ahora habían resucitado de pronto mil recuerdos perdidos en el tiempo y en la memoria, al conjuro mágico de una música, de una voz, de un rostro ya conocidos. Y por sobre todo, como una palma sobre un jardín, como una bandera sobre un campamento, se elevaba grácil, casta, luminosa de mármol y de oro, la imagen de Flor de María la

amiga y la compañera de la infancia, a la cual iban unidos los recuerdos de su niñez, llenos de candor y de paz. Y qué hermosa estaba Flor de María! Parecía imposible que después de viajar tanto, de ver tanto, hubiera podido sorprenderse con la grata belleza de su prima, oculta en una pobre aldea de su país. Pero era que por sobre la indudable belleza de Flor de María flotaba un aire de pureza, de virginidad tan de veras, que se diferenciaba de las demás mujeres como si en torno suyo irradiara una aureola evangélica. . . Y entre bocado y bocado fijaba en su prima una larga mirada impregnada de cariño fraternal. . .

Desde su sitio el Padre Antonio había notado el interés con que Raimundo miraba a su prima, y sonreía satisfecho. Era una linda pareja para ir por el mundo bajo la bendición de Dios y la protección de la Virgen, su madrina. El inteligente, fuerte, generoso. Ella virtuosa, dulcísima, bella. Y qué felices podrían ser. . .

Flor de María pensaba, a su vez, que su primo era un buen mozo. el rostro, completamente razurado, tenía dentro de su impecable corrección, un fuerte aire masculino que predisponía en su favor. Cuando se marchó era ya muy simpático y así lo había recordado ella cada día en que al recogerse para dormir se quedaba a solas con su retrato. Pero francamente, su primo había cambiado con el viaje y había ganado mucho con el cambio, porque estaba tan elegante y tan guapo!. . Y la más natural es que allá, en las tierra de donde venía, en donde las mujeres son bellas como las que ilustran los figurines, hubiera dejado una por la cual quién sabe si aún suspiraba. Y Flor de María, sin sospecharlo, suspiró.

—Malo, malo, malo— gruñó el catalán— La señorita Flor de María ha suspirado hondamente.

Flor de María negó, ruborizada, todos rieron, y Raimundo apuró un trago de vino para disimular su turbación, francamente inexplicable.

En aquel momento hizo irrupción en el comedor un grupo de jóvenes y de señoritas que venían a invitar a los presentes al baile dado en honor del recién llegado y la fiesta tocó a su fin.

III

El baile había terminado casi a la una de la madrugada. Los concurrentes, que quisieron acompañar a Raimundo y a Mister Henry, caminaban en una alegre y bulliciosa procesión, despertando con los ecos de sus risas y sus exclamaciones jubilosas las calles del pueblo, llenas de silencio y llenas de Luna. Algunos perros asustados ladraban al paso de la comitiva y las palmeras, como penachos de plata sobre el límpido cielo de la noche tropical, susurraban esa canción del viento y de las hojas que sólo comprenden los poetas y los enamorados. De pronto, en el silencio, vino en alas de las brisas el eco de una voz cristalina, dulcísima, que cantaba:

*Flor de María:
Eres la única estrella
de mi noche de agonía.*

—El loco, el loco!

Y unos, los imbéciles, rieron y los demás, los menos, callaron.

Mister Henry inquirió sobre aquello y Flor de María satisfizo su curiosidad.

—Es Juan de Dios, un muchacho que teníamos en la casa y que se volvió loco; pero la locura de él se resuelve en canciones que improvisa indefinidamente. . . Y eso que cantó ahora aludiendo a mí, es siempre el estribillo.

—Es una locura muy original y muy hermosa.

—Sí, pero muy triste.

—Todas las cosas son un poco triste, agregó Flor de María.

Y a poco llegaron a la casa de Raimundo, contigua a la de su prima, y el grupo de acompañantes se deshizo.

Raimundo, Flor de María y Mister Henry, huésped de su amigo, entraron. La servidumbre, con motivo de la fiesta, se entretenía aún, jugando lotería. Mister Henry, a quien todo llamaba la atención, se detuvo a curiosear, mientras Don Goyo, el viejo Mayoral del padre de Raimundo, se acercó a éste y a Flor de María. El viejo estaba maravillado de la transformación que se había operado en el hijo del patrón y se deshacía en zalamerías y en flores para el recién

llegado. De pronto, en el silencio, el estribillo del loco vibró de nuevo, más cercano:

*Flor de María:
Eres la única estrella
de mi noche de agonía.*

Mister Henry, instantáneamente, se unió a Raimundo y a Flor de María, intrigado.

—Estoy interesado en este loco original, dijo.

—No es loco, señor, rectificó gravemente el Mayoral: es embrujado!

—Embrujado!

Raimundo guiñó a Mister Henry un ojo mientras el Mayoral prosiguió:

Sí, señor: Juan de Dios era un muchacho muy bueno y muy simpático. Por aquí todas las mujeres estaban enamoradas de él; pero el muchacho. . . "tenía su idea". Cuando vino la última vez, había aquí en el pueblo una muchacha de Santa Fé, muy bonita. Todos los hombres andaban detrás de ella y ella, firme; pero apenas vio a Juan de Dios se volvió loquita. Juan de Dios, como "tenía su idea", no le hizo caso y vino lo bueno: La muchacha detrás de Juan de Dios y Juan de Dios huyéndole a la muchacha, hasta que ella, viendo que Juan de Dios me hacía mucho caso, me llamó y me suplicó llorando que se lo llevara. Se lo dije a él y me dijo que nunca, y ella entonces me dijo que si no iba a su casa le iba a pesar. Le digo, Don Raimundo, que la muchacha lo dijo con una cara tan fea, que me dio miedo, con todo y que ella era muy bonita; pero por más que hice, no pude conseguir nada de Juan de Dios, porque él "tenía ya su idea". . .

Un día Juan de Dios se sintió con dolor de cabeza y en lugar de curarse se fue a bañar. Señor: todo fue echarse al agua y volverse loco hasta el día de hoy. El Patrón, que lo quiere mucho y que lo tenía en Panamá en el Instituto, llamó médicos, y los médicos dijeron muchas cosas, muchas, pero no dijeron lo que era, lo que no saben ellos, lo que sólo sabemos los viejos como yo: que estaba embrujado.

Mister Henry sonrió, y como el Mayoral advirtiera la sonrisa, agregó pacientemente.

—Usted, señor, no cree en esas cosas porque no es de por aquí, y Don Raimundo tampoco, porque a los grandes no les pasan esas cosas; pero a nosotros, los campesinos, sí. Yo no necesitaba que la mujer me lo hubiera dicho para saberlo, y por eso, cuando los médicos se fueron sin hacer nada, yo mandé traer un curandero de Olá que yo conocía hace tiempo, y desde que lo vio me dijo que estaba embrujado. Entonces el curandero hizo un cocimiento de hojas, se lo dio a beber y después de un rato nos llevó a mi cuarto. Allí tenía en el suelo un platón lleno de agua y nos dijo que miráramos al platón, que en el agua veríamos la cara de la mujer que lo había embrujado. Pues fuimos señor: y qué cree usted que yo ví? La cara de la mujer de Santa Fé. . . Pero el pobre estaba ya loco, “tenía su idea” y dice que la cara que él vio fue la de la señorita Flor de María.

--La mía?, inquirió Flor, temblorosa.

--Sí, mi señorita: yo nunca lo quise decir; pero esa fue la verdad.

El viejo estaba cabizbajo, Mister Henry sonreía, y Raimundo y Flor de María estaban graves.

--Después, la mujer de Santa Fé, se fué sin que nadie supiera el día y Juan de Dios sigue cantando, sin hacerle mal a nadie. Oigalo usted;

*Flor de María:
Eres la única estrella
de mi noche de agonía.*

Y Flor de María, por la primera vez, tuvo miedo al estribillo de Juan de Dios.

IV

—No sería posible ver a ese joven? insinuó Mister Henry. Me ha interesado mucho este caso.

—Sí; vamos allá que yo también deseo verlo. Nos hemos criado como dos hermanos hasta el día en que me fuí y me apena su estado.

Iban hacia el fondo del huerto, en donde vivía Juan de Dios bajo un cobertizo de palmas, con un socabón por único compañero. El viento movía los árboles en un largo rumor de boscajes y la luna brillaba, pura, en el fondo de un cielo cristalínamente azul.

Al llegar a la casa habitada por el loco, el espectáculo que se ofreció a la vista de los jóvenes fue interesante. Juan de Dios tenía el rostro circuido por un menudo vello rubio y el cabello le caía sobre los hombros en bucles ensortijados que evocaban la figura de un Jesús joven, de un Jesús de ojos distraídos hacia quién sabe qué mundos de paz y de silencio. al ver llegar a los jóvenes, rompió a cantar con su acostumbrado estribillo:

*Flor de María:
Eres la única estrella
de mi noche de agonía.*

—¿Cómo estás, Juan de Dios? inquirió Raimundo, cariñosamente.

Y Juan de Dios cantó:

*Es cosa que no recuerdo
o que me importa muy poco,
averiguar si estoy loco
o si un día estuve cuerdo.*

—Es raro, observó Mister Henry. Se diría que está cuerdo y que es un gran improvisador.

—Misterios. Quién sabe si el mal que atrofió una de las facultades de su cerebro desarrolló, en cambio, otra.

—Es Raimundo que llegó, Juan de Dios, musitó Flor de María.

Y Juan de Dios cantó:

*Unos vienen y otros van
sin saber quién los movió,
y todos se olvidarán
de aquel que nunca volvió.*

—Y a mí no me conoces? Juan de Dios, insistió Flor de María.

Y el loco dijo:

*No sé si te conocí
mucho antes de haber nacido,
o si es que siempre has vivido
en lo más hondo de mí;
pero el corazón dolido
no palpita en un latido
que no sea para tí.*

— Vámonos, suplicó Flor de María. Tengo miedo.

—Nos vamos, Mister Henry?

—Sí, vámonos.

La fuerza poderosa de lo desconocido, de lo que está más allá del misterio, había invadido a los tres jóvenes, que callaban embarazados. En silencio tornaron y echaron a andar.

—Linda noche de Luna, rompió Mister Henry.

Y el loco cantó:

— *La luna que el cielo llueve
se vuelve plata en la palma,
y al caer sobre mi alma
la luna se vuelve nieve.*

Flor de María apresuró el paso y los jóvenes la siguieron. Les parecía que en la atmósfera había algo que les crispaba los nervios y los empujaba lejos de la vivienda del pobre Juan de Dios. El mismo canto de los grillos, antes agradable al oído de los viajeros, acostumbrados a la vida bulliciosa de las ciudades, tenía ahora algo de agorero y de fatídico que los impresionaba desagradablemente. El canto de una torcaz los estremeció, y a lo lejos, la voz de Juan de Dios, tenaz como un castigo, cantó de nuevo:

*Canta el pájaro en la ramas
y en el nido la torcaz;
pero tú no cantarás,
corazón que a solas amas.*

—Tengo miedo, mucho miedo, dijo Flor de María, apretándose al brazo de Raimundo.

—Por qué? Juan de Dios es inofensivo.

—Sí; pero . . . dice unas cosas!

En eso llegaron al patio de las casas, contiguas.

—Señorita; buenas noches.

—Buenas noches, caballero.

—Adiós, prima.

—Adiós dices?

—Hasta mañana, prima, o mejor: hasta luego.

—Mira que yo madrugo porque me despiertan las palomas, eh!

—Y como tú me despertarás siempre a mí! . . .

—Adiós. . .

El viejo Goyo que los había esperado con una linterna para acompañarlos, guiñó el ojo en la sombra, mientras decía:

—Les digo que ese Juan de Dios dice unas cosas más raras! . . .

Y los dos jóvenes entraron sin contestar.

V

Cuando Raimundo quedó a solas, comenzó a ordenar sus impresiones de aquel día. El aspecto de sus padres, que denotaba salud y tranquilidad; la limpieza de la población y el aseo de las casas pintadas y decoradas con plantas y con flores, indicio de prosperidad en los moradores de ella; la misma apariencia de los caballos, antes raquíuticos y ahora sanos y hermosos, todo lo halagaba con el orgullo de un buen hijo de su terruño. Una cosa sólo le llamaba la atención y lo intrigaba: tenía la sensación de que todas las cosas se habían encojido un poco en su ausencia, los viejos árboles, las casas, la torre de la Iglesia, hasta sus mismos padres le parecían más pequeños, menos altos, que el día de su partida. La única persona que para él no había amenguado en nada era Flor de María. Hacía conjeturas sobre el fenómeno y al fin llegó a la conclusión de que todo no era sino efecto del medio pie o del pie que había aumentado en estatura, y desde el cual todo la veía hoy de modo distinto. Y cómo Flor de María había crecido con él! . . .

Rosalía, su antigua novia! . . . Pobre muchacha! Había engordado y estaba aún más campesina que antes. Para asistir al baile se había recargado de cintas y de perendengues, tal vez con el objeto de agradarlo, y sólo había conseguido hacerse más ridícula, más estafalaria. La había saludado cariñosamente, como a las demás, yendo del brazo de su prima, pero ella debía haber comprendido la pena que le inspiraba su dolorosa transformación. En cambio. . . Y sus pensamientos volvían de nuevo a girar en torno de su prima.

Recordaba a Ivone, la griseta de Monmartre, en sus dichosos días de París; a Rebeca, la judía hermosísima de Nueva York; con quien deslumbró a los suramericanos en los luminosos cabaretes de la maravillosa ciudad del Norte; recordaba a Elssie, la rubia, a Trinidad, la cubana; pero ninguna había encontrado junto con la belleza plástica de la mujer, aquella idealidad de cisne acostumbrado a surcar el espejo de las aguas quietas, aquella inocencia de paloma acostumbrada a vivir a la sombra del alero paternal. Oh!, si en el alma de Flor de María hubiera para él algo más del cariño de dos primos criados en la intimidad!

Y pensando cosas por el estilo se quedó dormido con la sonrisa en los labios y soñó que Flor de María lo despertaba con un beso en la frente.

VI

Aquella mañana el sol había despertado temprano y los pájaros y las palomas llenaban con sus gorjeos gozosos el jardín y el huerto, donde el rocío ponía en las hojas una larga constelación de diamantes.

Flor de María, como de costumbre, bajó al jardín a podar sus plantas y a cortar rosas. Cuando Raimundo llegó a su lado, ya su prima tenía hecho un gran ramo multicolor y fragante. Ella estaba inclinada sobre un rosal y él llegó, despacio, en puntillas, y le puso las manos sobre los ojos.

—Bien, muy bien, señor primo: se le pegaron hoy las sábanas al cuerpo, no?

—Es que cuando uno duerme, y durmiendo sueña, y lo que se sueña es hermoso, no quisiera uno despertar nunca.

—Y no se puede saber qué cosas soñaba usted?

—Y si me diera vergüenza, mucha vergüenza! . . .

—Y tan malo es lo que sueña mi primo que se avergüenza de contarlo?

—Y cómo ha de ser malo si estabas en mi sueño tú?

—Entonces cuéntamelo, cuéntamelo. Ven, vamos a sentarnos bajo el naranjo. Te acuerdas de nuestro naranjo?

—Oh, si supieras el sueño!

—Bien: empieza.

Estaban sentados en un banco rústico, debajo del naranjo florecido. Las mariposas volaban en torno de ellos, algunas palomas cantaban desde las frondas de los árboles rumorosos, y a sus pies, la brisa iba poniendo una alfombra de menudos pétalos blancos, que en la blonda cabellera de Flor de María se enredaban ensayando una corona de azahar. Estaban juntos y Raimundo tenía entre sus manos una de las de su prima.

—Pues . . . pues . . .

--Que los dos. . .

--Y cómo sabes tú eso, brujita lindísima? Y las dos manos se oprimieron.

--Es que si el cuento no principia así, no me gustará.

--De veras?

--Por mi palabra!

--Bueno. . . que los dos. . .

--Ta. . .ta. . ta. . .

--Bueno. . . que los dos estábamos juntos. . .hace muchos años. . .Te acuerdas?. . .Así como ahora. . .Y. . .

--Sigue, hombre. . .

--Y tú. . .me diste un beso. . .

--Tú me lo pediste. . .

--Sí, lo recuerdo!. . .

--Cómo pasa el tiempo!. . .

--Sí. . .Y los besos. . .

Los dos jóvenes se miraron a los ojos, unidas las manos, mientras el ramo de flores rodó hasta sus pies. Flor de María, encendida en rubores y brillantes los ojos castaños, húmedos ahora por una divina lágrima de emoción, estaba hermosísima.

--Flor de María: escúchame: Tú me has pensado siempre?

--Siempre, siempre, a cada hora, a cada instante.

--Flor de María: tú me quieres?

Flor de María fijó en Raimundo una larga mirada de ternura, que se resolvió en llanto, y doblando la cabeza como una divina flor truncada, fué a posarla en el hombro de su primo. Largo rato estuvieron silenciosos, ebrios de felicidad y de gozo, mientras las palomas gorgeaban en las frondas y mientras el viento los cubría de flores. Al fin Raimundo rompió el silencio.

—Qué felices somos, no?

—Sí, y qué felices seremos, no es cierto?

—Sí, prima mía.

Y Raimundo se puso en pie.

—Quieres que le llevemos estas flores al Padre Antonio, propuso Flor de María.

—Sí, vayamos. Es tan bueno!. . .Además, le debo la visita.

Y los dos primos, asidos de la mano, y camino ya del amor, se fueron a visitar al santo varón que un día debía unir sus destinos.

VII

El Padre Antonio hubiera podido ser canonizado por sus virtudes. Hijo último de una antigua y arruinada familia española de monjas y de militares, había emigrado a América en busca de mejores horizontes, mozo aún. La Diócesis puso en sus manos aquella pobre Parroquia, y aunque al principio luchó con lo reducido y lo infeliz del rebaño que se le había confiado, poco a poco advirtió que las costumbres eran las mismas de su pueblo y que el redil no era ni tan reducido ni tan miserable como había pensado, y se conformó. La austeridad y la disciplina fueron siempre la norma de su carácter, limpio y recto como una espada.

Con todo, el Padre Antonio, noble de corazón y de sangre, era dulce en el fondo y servicial y generoso siempre. Estas admirables dotes, tan propicias para el campo en que desplegaba sus actividades, le captaron pronto el cariño de los fieles, que los querían, lo buscaban y lo obsequiaban en diez leguas a la redonda.

Los años y la práctica del bien hicieron del Padre Antonio un santo viviente, venerado por todos, y cuyo consejo y cuya voz decidían los más graves problemas sociales y económicos de su comarca. En cuanto a la política, jamás quiso inmiscuirse en ella, por juzgar que era asunto perfectamente ajeno a su ministerio, ya que pronto se dio cuenta de que por lo que atañía a su Parroquia, todo era cuestión de intereses personales.

Hoy, a los sesenta años, el Padre Antonio, era una reliquia del pueblo. A su patio bajaban los pájaros como a un lugar amigo y las palomas de los campos entraban a su comedor a picar en la palma de su mano las migajas de pan. Al pasar por las calles los chiquillos lo saludaban respetuosamente y cuando iba a los caseríos vecinos a cumplir con su alta misión, los perros salían batiendo el rabo amistosamente al paso de su vieja mula familiar.

Al llegar los dos jóvenes a la Casa Cural, el Padre se entretenía en darle de comer a sus aves de corral. Y era de ver la infinidad de pájaros monteces que acudían a aquella cita matinal, en donde sabían que nada había de faltar a ninguno.

Siguiendo la costumbre general en aquella casa abierta a todos, los dos jóvenes entraron, camino del patio; pero la criada los advirtió antes de que llegaran y gritó, alborozada:

--Padre Antonio, Padre Antonio: la niña Flor de María y el niño Raimundo!

--Bien venidos seáis, hijos míos, a la Casa de Dios, que es la vuestra también.

--Buenos días, Padre. Antes quise venir; pero como debía preparar el viaje de Mister Henry, no he podido distraer hasta hoy un momento para darme el placer de visitarlo.

--El placer es para mí, hijo.

--Y yo, Padre Antonio, le he recogido estas flores, que son las mejores que hoy había en mi jardín.

--Y no te parece que esas flores estarían mejor en el altar de la Virgen?

--Pero la Virgen que lo conoce tanto le agradecería más a usted. . .

--No, hija mía, no. Pecadoras son mis manos y no las tuyas tan puras como las de ella que no conocieron pecado. Conque os vais los dos, os arrodilláis en el altar después de ofrecérselas y luego pedidle lo que querráis, que ella os complacerá.

Raimundo y Flor de María cruzaron una mirada que no pasó inadvertida al bueno del sacerdote, que agregó:

--Y yo creo que haríais bien, pues quién sabe si después necesitéis de su protección.

--Padre: usted tiene razón.

--Todos tenemos razón; pero los viejos tenemos, además, experiencia.

--Bien, Padre, iremos a cumplir con su consejo.

--Sí; pero antes os vais a beber conmigo una copita de vino. Es superior y sólo lo ofrezco en momentos trascendentales, como éste.

--Pero, Padre: usted siempre tomándose molestias. . .

—Tú, Flor de María, debes saber que nada molesta cuando se hace con placer.

Flor de María enrojeció, creyendo que el Padre hubiera podido adivinar la escena del jardín, mientras el Padre Antonio ponía en la mesa una botella, tres vasos y un plato con bizcochos.

—Servíos, hijos.

Raimundo sirvió vino en los vasos y el Padre prosiguió:

—Y bien, hijo: cuáles son tus impresiones?, dijo el Padre, mientras invitaba con un gesto a los jóvenes a beber.

—Muy agradables, muy agradables. Noto un gran deseo de mejorar y un poco de bienestar que se manifiesta en todo. La Iglesia está muy bonita y la nueva torre muy elegante y muy seria.

—Y ya verás el altar. Se hace lo que se puede. Es poco; más hecho de muy buena voluntad. Pero. . . qué es lo que más te ha gustado, a tu regreso, en el pueblo? Y el Padre Antonio dijo ésto, subrayando tan bien, que los jóvenes se miraron y Flor de María enrojeció:

—A mí. . . todo!

—Dices mentira, y eso no está bien.

—Naturalmente me ha gustado más lo mejor. .. y lo mejor. . . es mi prima. Es tan linda, no es cierto, Padre?

—Y tan buena, y tan caritativa. . .

—Gracias, Padre.

—Es verdad; pero, en fin, os detengo y yo también debo trabajar.

—Bien, Padre: adiós.

—Idos con Dios, hijos, y que la Virgen os oiga y os proteja.

—Gracias, Padre.

Y los primos salieron, camino de la Iglesia.

VIII

Ningún nombre sentó tan bien a una persona como el de Felicidad a la madre de Flor de María, allá en los rosados años de su lejana juventud. Trasunto fiel de lo que su hija representaba en la actualidad, esbelta, ondulante y espiritual, jamás en sus labios faltó una sonrisa luminosa y apacible, que era como un destello nacido en las excelcitudes de su alma, inmaculada y tranquila.

Aquella alegría sana, aquella frescura de agua clara, fueron cautivando poco a poco a don Pedro Romero, mozo galanteador y arrogante que hablaba pestes del matrimonio y que detestaba de los curas y de la Iglesia. En un principio, ella esquivó discretamente los galanteos del pretendiente, asustada por la fama que lo precedía y temerosa de que no se tratara en esa vez sino de un puro pasatiempo, como en tantas otras; pero la serena frialdad de la joven avivó la simpatía del temible conquistador al punto de hacer acto de contrición y pedir al señor Cura— que ya lo era el Padre Antonio— que intercediera en su favor ante la dignísima dueña de su albedrío. Doña Felicidad resistió un poco aún, no porque la gallarda figura de Don Pedro no correspondiera al ideal que ella se había forjado para el hombre que debía ser su esposo, sino porque temía que la pasión de que hacía gala no fuera sino uno de tantos amoríos pasajeros, avivado sólo por la resistencia que ella oponía a sus deseos. Sin embargo, tantas muestras de verdadera estimación y de alto respeto dió Don Pedro, que Doña Felicidad se rindió a sus ruegos, confesándole la simpatía que le inspiraba de tiempo atrás y los temores que la detenían. El matrimonio se hizo, pues, y fue un acontecimiento inolvidable en las crónicas del pueblo.

La dicha no podía faltar en un hogar en donde la fortuna, la alcurnia social y las prendas morales y físicas de los que formaban no tenían nada qué pedir; pero no fue así. A poco de casados, Don Pedro echó de ver que la sonrisa había desaparecido de los labios de Felicidad y que una sombra de tristeza parecía envolverle el rostro, el alma, todo el ser, como una gasa a través de la cual se divinaba la antigua joven sonriente como un rayo de sol y fresca y cristalina como el agua pura. Aquel encanto de rosa recién abierta, aquella natural alegría de pájaro que lo cautivaron al punto de llevarlo al altar, habían desaparecido y con ellos la mujer ideal que escogió para compañera de su vida.

Y no era que doña Felicidad no se deshiciera en cuidados para endulzarle todos los momentos de su vida, no. La solicitud de ella fué siempre la misma, el mismo su cariño y la misma aquella suavidad de

seda que siempre puso en todas sus palabras y en todos sus actos. . . pero había entre los dos aquel velo de tristeza que empañaba su felicidad como los soplos helados del invierno empañan la clara luz de los espejos donde siempre nos miramos claros y precisos.

Y entonces Don Pedro, perdida la esperanza de recuperar la dulce sonrisa que antes iluminara el rostro de su esposa reflejando su claridad en su alma, se refugió en el tierno amor de su hija Flor de María, en cuyo rostro, exacto al de la madre, parecía renacer como una esperanza, aquella alegría, aquel rayo de sol que fugazmente iluminó un instante de su vida loca y aventurera. Poco a poco, pues, Flor de María se fué convirtiendo para su padre en una idolatría casi enfermiza, al punto de despertar en la noche a vigilar su sueño y a no dormir en las ocasiones en que la niña sufría algún quebranto de salud. Y lo raro del caso es que aquella solicitud, aquel cariño ilimitado, parecían disgustar a Doña Felicidad en lo más íntimo de su corazón.

Y así pasaron los años en aquel hogar formado por dos seres que se adoraban realmente y a quienes separaba una sombra tan cuidadosamente disimulada que nunca, por nadie, ni aún por la propia Flor de María, pudo ser advertida.

IX

Sobre las llanuras vagamente doradas por la luz agonizante del Sol, la tarde insinuaba un tenue matiz violeta que suavizando los contornos, espiritualizaba los árboles y las cosas. El Sol había descendido ya y el lila naciente del crepúsculo se propagaba, envolviendo el paisaje en la seda de su diáfana tonalidad. Pronto la onda de azul y de rosa se intensificó y el cielo pareció el pétalo de una gran violeta que velara con su grata discreción el incendio fabuloso que amenguaba en el Ocaso.

Raimundo y Flor de María galopaban por la llanura sin límites ni vallas como su amor. Los caballos, en aquella excursión de familia, contagiados con el contento de sus amos y con la bondad del cielo, relinchaban gozosos, abriendo anchamente las narices para sorber las ráfagas de viento, perfumadas a campo y a humo de quemas lejanas. De cuando en cuando se detenían y Raimundo preguntaba, susurrante:

—Me quieres, Flor de María?

—Mucho, muchísimo.

—Y me quisiste siempre?

—Siempre.

—Y si yo me hubiera casado por allá.

—Me hubiera muerto.

Y Flor de María decía aquello tan rotunda y tan sencillamente, que Raimundo leía en sus ojos húmedos de llanto que lo que se le decía era la verdad, la verdad desnuda. Y se sentía tan satisfecho, tan sorprendido de la grata frescura que despertaba en su espíritu y en su ser todo aquel sentimiento nuevo que su prima había despertado en él con su belleza y con su castidad, que le parecía extraño que hubiera podido vivir tanto tiempo feliz o satisfecho, sin aquel cariño que de hoy en adelante sería de absoluta necesidad para su vida.

—Oye, Flor: quieres que nos casemos mañana?

—Tú estás loco, muchacho?

—Y qué más da?

—Oh, la gente diría que nos hemos querido muy pronto. . .

—Y si la gente supiera que nos queremos desde chicos?. . .

—No: las cosas se hacen bien hechas. Además, nosotros estamos como casados.

—Tienes razón, prima. . . Esperaremos. Y el galope continuaba por la llanura en cuyo borde se destacaban ya las palmeras del pueblo y la torre de la Iglesia. A su paso, los campesinos de las aldeas cercanas que tornaban a sus casas al trotar lento de sus pobres caballos, se quitaban la pipa de los labios para saludar respetuosamente a la joven e ilusionada pareja.

Cuando llegaron a las entradas del pueblo, ya el crepúsculo tocaba a su fin y las cigarras apagaban su monocorde canción. Entraron en la huerta y entregaron los caballos a los mozos. En el jardín la luz lila del crepúsculo se había enredado en los rosales, acariciados levemente por la brisa. Un lindísimo botón recién abierto alzaba al cielo su purísimo caliz sonrosado. Flor de María corrió hacia el botón:

—Mira qué lindo! Es para tí.

Tras las persianas de la casa, contigua al jardín, Doña Felicidad observaba a la pareja, con un naciente sobresalto. Le parecía adivinar algo cuya sola posibilidad la aterraba. Y veía, veía, como atraída por una fuerza superior.

Flor de María estaba inclinada sobre el rosal, cuando Raimundo le advirtió:

—No te muevas. . . Quieta. . . quieta. . .

—La cogí, la cogí. Mira qué linda, qué linda!. . .

—La mariposa azul, la mariposa azul!. . . Esa misma mariposa se posó sobre mi cama el día que tú llegaste, como anunciando la nueva feliz. . . Suéltala, suéltala, Raimundo.

—Bien: y qué me das?

—Otro? Tan pronto?. . .

—Tú lo has dicho. O un beso o la mato!

—No, no la mates, pobrecita!

—El beso, pues.

Y Flor de María se fué acercando tímidamente hasta poner su frente bajo los labios de Raimundo y el beso y la mariposa volaron en el aire. Un grito agudo los despertó de su ensueño y corrieron hacia la casa, de donde había partido.

En brazos de la servidumbre Doña Felicidad yacía desmayada.

X

Nadie, nadie, ni aún Flor de María, podían sospechar la misteriosa causa de la enfermedad de doña Felicidad. El doctor Fontanet se reconoció impotente para combatir el mal desde un principio y el renombrado médico que de la capital vino a atender a la paciente declaró que se trataba de una violenta conmoción cerebral, producida por una fuerte impresión. Debido, luego al estado patológico de la enferma, un poco predispuesto, habían venido complicaciones. Con todo, el facultativo había obrado con talento y con rapidez y hoy, tras quince días de luchar incesante, la paciente estaba fuera de peligro, aunque el médico recomendaba mucho cuidado para evitar una recaída, que sería de fatales e inevitables consecuencias.

Durante aquellos días de sobresalto y de recogimiento, Raimundo y Flor de María habían avanzado muchísimo en el camino de su amor. El pueblo, todo, estaba enterado de la nueva y sus padres veían con gozo la posibilidad de aquella unión. Algunos se habían aventurado a fijar fecha para el matrimonio de la feliz pareja que se pondría bajo la protección de la Purísima Concepción. La única ignorante de todo era Doña Felicidad, pero Flor de María le había aderezado la noticia para que fuera digna de contribuir al total restablecimiento de su madre y de ayudarla a recuperar su perdida alegría.

Don Pedro no se había separado un instante de la paciente durante el curso de la enfermedad. El velo de tristeza que parecía separarlo de su esposa con un inconfesado resentimiento durante tantos años, había desaparecido ante el pensamiento de una desgracia irreparable. al lado de la cabecera pasaba las horas del día y las horas de la noche, observando los menores movimientos, los más fugaces gestos de la enferma. Cuando el sueño lo rendía, colocaba los pies sobre una silla y echado hacia atrás, en el sillón de balance, descansaba. Estaba un poco delgado y un poco pálido y sobre la fatiga de su rostro, la barba ponía una nota melancólica de abandono y de duelo. Y era que el bueno del señor se había dado cuenta, después de tanto tiempo de apacible vivir, de que aún quería a Doña Felicidad con el mismo amor, con la misma ternura que lo llevara años atrás a inclinar la frente arrepentida delante del Padre Antonio. Tan sólo cuando el mal cedió y la enferma salió de la gravedad, Don Pedro se separó del lecho de su esposa para atender a algunos negocios urgentes, que había dejado abandonados. Aquel día, pues, Flor de María creyó que era el momento oportuno para comunicar a su madre su próximo matrimonio, y como la criada le anunciara que la señora había despertado, se dirigió a su alcoba.

Doña Felicidad estaba aún bastante delicada. La enfermedad había dejado huellas hondas en el rostro de la enferma, y en sus ojos, en donde siempre flotó una nube de sorda tristeza, había más pena y más melancolía que nunca. Cuando Flor de María abrió la puerta, una mariposa azul se precipitó en la alcoba. La señora palideció un poco más y comenzó a sentirse inquieta. Recordaba la tarde del ataque y recordaba ahora de otras ocasiones en las cuales había visto la mariposa azul, como heraldo de alguna desdicha. Flor entró, besó a su madre tiernamente y se sentó en la cama con una sonrisa de malicia en los labios sonrosados.

—Venía, mamá, a decirte una cosa tan buena! . . . tan buena! . . .

Doña Felicidad abrió los ojos, sobresaltados, como si presintiera una desgracia.

—Por qué te pones así, mamacita? Oyéme: Raimundo y yo nos hemos comprometidos!

Doña Felicidad se irguió, lívida, fijos los ojos, desmesuradamente abiertos, en su hija, pareció asfixiarse y muda, espantosamente muda, cayó en el lecho sin sentido.

Cuando el doctor Fontanet llegó, Doña Felicidad había recobrado el conocimiento; pero después de tomarle el pulso, recomendó que llamaran inmediatamente a don Pedro, ausente del lugar, y al Padre Antonio, porque el temido desenlace era inevitable e inmediato.

XI

Desde el súbito desmayo de su madre al anunciarle su boda con Raimundo, Flor de María había presentido que una gran desgracia se cernía sobre su familia, en relación con sus amores. Recordaba la escena del jardín, que coincidía con el primer ataque sufrido por su madre, y hasta le parecía ver la mariposa azul que en las dos ocasiones fué como un anuncio de la próxima desdicha. Y medrosa, y húmedos los ojos en llanto, esperó llena de impaciencia que el Padre Antonio acabara de confesar a su madre. cuando el sacerdote salió Flor de María corrió a su encuentro.

—Cómo la deja usted, Padre Antonio, cómo la deja?— preguntó.

—Mejorando. . .mejorando, hija. Todos, a medida que nos vamos acercando a Dios, mejoramos y nos perfeccionamos, y ella pronto se hallará en el seno del que todo lo puede.

Flor de María rompió a llorar amargamente; pero el Padre Antonio continuó:

—Haces mal en llorar: Tu madre ha sido una santa y pronto se encontrará al lado de Dios. Seca tus lágrimas para no molestarla y entra, que ella desea hablar contigo.

Flor de María, después de refrescarse los ojos con agua, entró, temblorosa, a la alcoba de su madre. Doña Felicidad estaba pálida, extenuada, y su aspecto hablaba tan elocuentemente de su próximo fin, que Flor de María sólo pudo exclamar con dolor:

—Madre!

—Sí, hija, sí. Esto se acaba; pero yo no puedo, no debo morir sin hacerte una revelación espantosa, tremenda, y Dios me ha dado valor y vida para hacértela. Perdóname, hija mía, perdóname y calla, calla siempre. Es el único favor que te pido, aunque ese favor te lleve al sacrificio. Hoy, después de una vida de martirio, al verme próxima a comparecer ante el trono de Dios, tengo un miedo espantoso de Dios y de los hombres. No sé si hablar o si callar, porque no acierto a explicarme de qué manera podré hacer menos daño a todos. Con todo, hay una fuerza que me empuja a hablarte, y yo no puedo resistirme a ella, hoy que ya no tengo voluntad para nada. He tenido un pavor inmenso al engañar al Padre Antonio, tan próxima como estoy a comparecer ante el Supremo Juez; pero la esperanza de que

tu piedad me perdonaría, me ha dado fuerzas para ocultar mi secreto. Hija: perdóname, perdóname y calla, calla siempre, hasta la muerte, como yo: Tú eres hermana de Raimundo!!!. . .

—Madre, madre de mi alma, gimió Flor de María, abrazando a Doña Felicidad.

—Sí, hija, sí; perdóname, pero escúchame para que veas hasta dónde pudo llegar mi culpabilidad. . .

Doña Felicidad pareció próxima a desmayarse; pero Flor de María, con un esfuerzo insospechable en su débil organismo, la besó en la frente, sonrió con dolor y la consoló:

--Hable usted, mamá; hable usted que Dios nos oye.

--Gracias, hija, gracias. Me haces ahora el bien más grande de mi vida. Escúchame con calma para que luego no me odies, ni me desprecies. . .

—Madre, madre! . . .

--Escucha: los amores de Don Pedro conmigo no fueron de esos que comienzan en un baile y terminan en un paseo. Cuando nos casamos, sabíamos cada uno de los dos cómo era el otro y conocíamos nuestros defectos y nuestras cualidades. Fué un estudio que duró muchos años durante los cuales pude convencerme de que mi futuro esposo sí estaba realmente enamorado de mí. Yo, en cambio, había querido a Jesús, su hermano. . .pero ello en silencio, sordamente, sin que nadie, ni él mismo lo hubiera sospechado nunca. La suavidad de su carácter, la bondad de su rostro y de su alma, me hacían pensar en lo feliz que debía ser un hogar formado por los dos; pero. . . él quería a mi hermana y yo tuve que padecer el suplicio de la mujer que ama a un hombre que sólo tiene miradas y atenciones para otra. Ellos se casaron, al fin, cuando Don Pedro ya comenzaba a galantearme. Cuando yo ví mi felicidad perdida para siempre con el matrimonio de Jesús, comencé a pensar que la vida no tenía razón de ser para mí. Con todo, poco a poco, la pena que me produjo el matrimonio de Jesús fué tornándose en una resignación serena y apacible, que nada pedía ni deseaba nada. Entonces fué cuando comencé a pensar que Don Pedro no era un partido despreciable. Rico, elegante y guapo, las mujeres de toda la Provincia tenían los ojos puestos en él, y a mí, joven y vana, me complacía la sorda envidia que me tenían mis amigas por la decidida preferencia de él

para conmigo. Yo me dejaba querer e insensiblemente, sin darme cuenta de cuándo ni cómo, un día me sentí enamorada de Don Pedro. Resistí a aquél sentimiento porque no lo creía sincero; pero poco a poco, me fuí convenciendo de que lo quería de veras, con un amor que nunca sospeché pudiera nacer en mí. Me parecía entonces, mentira que yo hubiera podido querer alguna vez a Jesús, de carácter y de figura tan distinto de los de Don Pedro. Y al fin, un día, el Padre Antonio nos echó la bendición. Durante dos semanas fuimos felices, con esa felicidad indescriptible de dos seres que se aman y puedan satisfacer todos los anhelos de su corazón; pero un negocio, un maldito negocio, reclamó la presencia de Don Pedro en la Capital y nuestra luna de miel sufrió un eclipse doloroso. Lo que yo sufrí en su ausencia! . . . contaba los instantes, los minutos; y los días me parecían eternos. Su ausencia duró un mes largo un día, al fin, recibí un telegrama anunciándome su regreso. Yo supliqué a Jesús que me acompañara al Puerto para recibirlo y anticipar el instante de tenerlo en mis brazos y salimos de casa al anochecer, porque el vapor debía llegar en la noche. Mi impaciencia en el Puerto era atroz. Y yo tenía la cabeza llena de ilusiones, de sueños, de dicha y de ventura, de esos sueños que llenan la cabeza de una mujer joven que ve interrumpida su luna de miel! . . . El vapor asomó al fin, atracó al muelle y . . . Don Pedro no había venido! Los pasajeros decían, que ya a bordo tuvo necesidad de saltar de nuevo a tierra Y con el desencanto que puedes suponer y los ojos llenos de lágrimas, tornamos cuando una tormenta se anunciaba con grande y seguidos relámpagos verdes que llenaban de siniestra claridad el cielo negro y revuelto de nubes.

El caballo se encabritaba al estampido de los truenos que hacían temblar el camino. La lluvia descargó, al fin, y un fuerte viento se desató azotando el coche y mojándonos los rostros y las ropas. Jesús me había puesto su capote y caminábamos en la sombra terrible, guiados sólo por la luz de los relámpagos. De pronto un rayo rompió el cielo y cayó con estrépito ensordecedor, en el camino, frente a nosotros. Yo dí un grito de horror y me abracé a Jesús, que callaba, aferrado a las riendas del caballo que estaba a punto de desbocarse. La luz de un relámpago nos permitió ver una choza y nos dirigimos allá. Yo me precipité en la vivienda, mientras Jesús amarraba el caballo afuera. Al entrar hizo luz con un fósforo y pudimos ver que la vivienda estaba abandonada. Entonces Jesús tendió en el suelo el capote y nos sentamos. El viento, en tanto, bramaba horrorosamente y los rayos se sucedían. Yo estaba abrazada a Jesús, palpitando de miedo, de pavor, de no sé qué. Jesús me confortaba con palabras de aliento que eran apenas un murmullo. De repente una claridad mayor iluminó todo y un rayo partió uno de los árboles del patio,

que cayó pesadamente haciendo temblar el suelo. Yo me apretaba y me apretaba más a Jesús llorando de miedo, de quién sabe qué. Jesús me pasaba la mano por la frente, dándome valor. . . Qué sucedió después?. . .Cómo fué?. . .Yo no lo sé, hija de mi alma. . . pero cuando la tormenta calmó me dí cuenta de que había sido de Jesús!. . .Doña Felicidad gemía amargamente.

—Madre, madre. . . !

—Perdón, hija, perdón!. . .Fué, acaso que el amor que antes sintiera por Jesús no estuviera sino apenas dormido en mi corazón y esa noche salió a hacerme traición?. . . Fué, quizás, que las ilusiones de recién casada que yo me había forjado con la suspirada vuelta de mi esposo desbordaron la ternura contenida en mi alma en tantos días de ausencia?. . .No lo sé, hija, no lo he podido saber nunca. .

Fué aquel un momento de inconsciencia, de anulación de mi sér, que pareció preparado cuidadosamente por el Demonio que azotaba la llanura temblorosa con sus mil colas de fuego, para acabar de un golpe con toda la felicidad de mi vida. . .Después, Jesús y yo, humillados, avergonzados de nuestro grave pecado, apenas si hemos vuelto a cruzar palabra de tarde en tarde, como para ahogar mejor el remordimiento de la falta que escondíamos en nuestros corazones y en mis entrañas. . .porque cuando tu padre regresó a nuestra casa yo tenía el convencimiento de que tú latías en lo más íntimo de mi sér. . . ,

—Horror, madre, horror!. . .

—Sí, hija de mi alma, sí. .. Ninguna madre se equivoca en estas cosas y aunque se me rompa el corazón y destroce el tuyo, debo decirte la verdad, negra y espantosa como es. . .

Doña Felicidad adquiría por momentos mayor palidez y mayor serenidad. Flor de María lloraba con el rostro entre las manos. Doña Felicidad continuó:

—Tu pobre padre, es decir, ese hombre bueno y noble a quien siempre juzgaste tu padre, vió que la sonrisa había desaparecido de mis labios para siempre; pero jamás supo por qué. .. Y es que yo temía hasta por la vida de su hermano si él hubiera descubierto nuestra desgracia. Y así fué como la sombra y el hielo pusieron entre nosotros la reserva de dos amigos que se ocultan algo. . . Siempre llevé clavadas en el alma dos espinas: el recuerdo de mi falta y el presentimiento de que a tí tocaría expiarla y hacérmela expiar, pobre hija mía. . .

—Madre, madre!!!. . .

—Sí, sí. . . cosas de Dios. . . Y el día en que te ví ofrecer la frente a los labios de Raimundo y leí en tus ojos la confirmación del amor que antes había sentido nada más, sentí algo como el rayo espantoso que me arrojó a los brazos de Jesús en aquella noche aciaga en que murió toda mi dicha, toda mi. . . Flor . . . Flor. . .

—Madre, madre. . . Socorro!! . . .Socorro! . . .

—No, cállate. ..Aquí. . .solas. . .las dos. . . Perdóname y cállate. . Tengo miedo de. . .miedo de los hombres. . . De Dios, no. . .porque lo estoy viendo asomado a tus ojos Siento un frío!. . . Y el frío va subiendo. . . subiendo. . .Flor. .. Perdón. . . cállate. . .Ya. . .adiós. . .

—Madre mía, madre de mi alma!!!. . .

Y Doña Felicidad cerró los ojos y entregó su alma a Dios.

XII

La muerte de Doña Felicidad y la gravedad de Flor de María, habían llenado de superstición y de terror a la servidumbre de las dos casas vecinas. Los mozos se reunían en grupo en los corredores del patio como se reúnen los ganados en la llanura al adivinar una tempestad o un peligro. Ninguno se aventuraba solo en las horas de la noche al huerto ni al jardín, porque se decía que una sombra rondaba por los contornos de la casa desde el anochecer. El paso de una vaca, el vuelo de un murciélago, el caer de una fruta, sembraban el espanto en la servidumbre que se apiñaba, medrosa, en torno de la mesa de comer, bajo la luz amiga y protectora del gran farol que iluminaba el corredor.

Y lo cierto del caso era que desde días atrás en los patios y en los corrales vecinos las gallinas cacareaban con frecuencia y los perros aullaban de un modo que ponía frío en los huesos y pavor en el ánimo, aunque Don Goyo, el Mayoral, quisiera darles valor a todos, asegurando que tenía remedio para todas esas clases de brujerías y de enredos tramados por el Diablos para divertirse.

—Si el Patrón creyera lo que yo le digo! Y don Goyo suspiraba pensando lo fácil que sería coger al Diablo en un lazo y acabar con todo aquello.

Aquella noche, rodeado de los mozos y de las criadas, Don Goyo hacía reminiscencia de su juventud, ante el asombro y el terror de todos.—

—El Diablo— decía don Goyo— tiene su cueva por los lados del Calobre, en un cerro en donde caen rayos hasta en el verano. El cerro es pedregoso y de vez en cuando se ve un chivo negro que es el centinela que anuncia cuando uno está por allí, para que el Diablo despierte. Yo tenía una mujer que vivía conmigo hacía tiempo; pero en una fiesta conocí otra muchacha de un campo de Natá y me enamoré de ella.

Por las tardes, ensillaba mi caballo, cogía mi machete y me iba a dormir con ella, hasta que un día mi mujer lo supo y fué a ver a una vieja bruja que tenía pacto con el Diablo para que acabara eso. Una noche, no había yo pasado el río cuando el caballo se paró y comenzó a andar para atrás. Lo piqué con las espuelas y nada: el caballo caminaba para atrás. Entonces ví una mujer vestida de negro que saltaba en el camino con los brazos, abiertos. A mí más que miedo me dio rabia; pero el caballo estaba embrujado y sólo

caminaba para atrás. Viendo que no podía hacer nada, dí la vuelta y regrese a la casa. Mi mujer me esperaba en el portal riéndose y yo comprendí la cosa.

Al siguiente día, la noche estaba clara, aunque no era de luna. Yo, en vez de coger mi machete cogí mi escopeta, monté y salí a galope, porque tenía ganas de verme con la bruja. Les digo que yo había pasado ese camino desde chiquito y lo conocía tan bien que cuando pasaba las piedras me decían. *Adiós, Goyo*. Pues con todo y eso, el camino se me perdió. Por dondequiera que echaba el caballo era monte, monte cerrado. De repente, lo mismo que la noche anterior, el caballo comenzó a andar para atrás y la mujer apareció delante, saltando y abriendo los brazos. La bruja no sabía que yo tenía escopeta, así fue que la blanquee bien, hice fuego y. . . cuando se me fué el humo de delante el camino estaba abierto y la bruja había desaparecido. Yo no hice caso y seguí para donde mi muchacha a dormir tranquilamente.

Al otro día, muy temprano, me fuí donde la bruja dizque a comprarle sebo para los rejos y la encontré acostada.

—Qué tiene usted, señora Nicha? le pregunté.

—Ay hijo, que anoche al salir de la tienda tropecé con un royo de alambre y me corté la pierna.

—Bueno, que se mejore y que ponga más cuidado, porque si tropieza más arriba. . .

Desde entonces más nunca ninguna bruja se ha metido conmigo, y si Don Pedro quisiera, yo arreglaba todo ésto. Doña Felicidad estaba embrujada y la niña Flor de María también. Su madre murió en Viernes y si Dios no se mete en ésto, la niña Flor de María morirá el Viernes éste, también. . .

Una sombra entró al corredor en el mismo momento en que una ráfaga de viento apagaba la luz y un grito de horror salió de las bocas mientras hombres y mujeres se hacinaban en un solo montón; pero Don Goyo era realmente guapo y sacando su caja de fósforos encendió la lámpara. La sombra era Raimundo, que encendidos los ojos de llorar, se abrazó a Don Goyo, mientras gemía:

—

—Viejo: Flor de María se muere! ..

daba vergüenza que la viera tan demacrada y tan fea, y en cierta ocasión en que el joven, empujado por el dolor, se aventuró hasta su alcoba, se lo quedó viendo largamente y mientras el llanto se agolpaba a sus ojos, ocultó la cabeza entre las sábanas para librarse de su vista.

Y la sorda y espantosa lucha que se desarrollaba en el alma de la dulce y delicada niña la iba matando rápidamente. Oh, si ella callara! . .No tenía en sus manos el secreto de su felicidad?. .Nadie, nadie en el mundo podía sospechar que ella y Raimundo fueran hermanos. . . Si callara!. .Todavía la felicidad podría sonreír para ella!. .Pero. .y su madre? No se alzaría siempre entre ella y Raimundo la sombra vengadora de su madre con una mirada de condenación?. .Sería feliz su amor sabiendo ella que era esposa de su hermano?. .No, no, imposible. .Para ella no quedaba sino la muerte, la muerte espantosa del que agoniza sólo y en medio de todos; la muerte espantosa del que muere de un gran dolor que no puede ser atenuado con una confesión. . .

La familia, toda, estaba consternada por la tenaz resistencia de Flor de María a tomar alimentos y a recibir a Raimundo. El Médico había dicho que todo no era sino efecto de la misma enfermedad y que con la mejoría la esquizofrenia de la joven para con su primo desaparecería Pero el mal, en vez de cesar se agravaba y la resistencia de la joven a recibir a su novio se afirmaba. Y Raimundo, desolado, andaba como un fantasma por las calles del pueblo, buscando los sitios lejanos y solitarios para resolver el enigma fatal que en un momento parecía haberse adueñado de su vida para destrozarla sin piedad. Y el padre Antonio fué encargado de interceder ante Flor de María en favor del infortunado novio.

XIV

Al entrar el Padre Antonio a la alcoba, Flor de María que estaba de cara a la pared, palideció intensamente.

—Temes mi visita, hija mía?

—No, Padre Antonio, no; pero allí, sobre el muro. . .

El Padre Antonio volvió el rostro y vió sobre la pared una linda mariposa azul.

—Muy linda es. . .

—Linda. . .pero. . .hace tiempo que su presencia me anuncia una desgracia que viene.

—Haces mal en ser supersticiosa. La ley de Dios lo prohíbe. Pero óyeme, hija mía: Hace días que rechazas toda clase de alimentos y eso es mal hecho, porque pone en peligro tu vida.

—Mi vida?. . . Y la voz de Flor de María era como el eco de una voz interior. Para qué quiero yo mi vida?, concluyó.

—Pecas mortalmente con sólo pensar eso. Nadie tiene derecho de hacer mal uso de la vida que Dios le concedió como una gracia divina. Además, con tu conducta haces padecer a otras personas, y eso no es justo. Contéstame: ¿por qué rechazas a Raimundo?

—Raimundo!. . . Raimundo!. . . Y los ojos de Flor de María se llenaron de lágrimas, mientras una dolorosa sonrisa iluminó sus labios pálidos y su afilado rostro espectral.

—A ver, dime: ¿no lo quieres tú con toda tu alma?

—Quererlo?. . . adorarlo? . . . Sí. . . pero no, no, noooo. . . Y la joven sufrió un ligero desvanecimiento.

—Escúchame, hija: El Padre Antonio tomó entre sus manos una de las de Flor de María y continuó: No ves que él, que también te adora, se está muriendo de pena por tu extraño proceder?

—Muriendo?. . .Pobre Raimundo; pero quién sabe si después de todo morir sería lo mejor que pudiera suceder, Padre.

—Te prohibo repetir esa palabra. Y ahora dime: ¿Por qué rechazas a Raimundo si lo quieres?

—Oh, Padre Antonio; usted me pide un imposible. Yo no puedo, no debo decirle nada. . . gimió Flor de María.

—Bien, te lo exijo. No habla ahora el Sacerdote amigo y el Padre Espiritual a quien debes respeto y consideración; te lo exige el Ministro de Dios y su representante en la tierra. Tú no tienes derecho de labrar la desgracia de toda una familia. Habla!

—Imposible, Padre, imposible!

—Te rebelas a cumplir un mandato de Dios, que habla por mi boca?

Flor de María estaba sudorosa y temblorosa. Las grandes pupilas se había dilatado un poco más y en el rostro se acentuaba la mortal palidez de la muerte. Por el azoramiento de su mirada podía adivinarse el tremendo combate que se libraba en el fondo de su ser. Pero el Padre Antonio insistió, enérgico:

—Habla, te lo exijo. ¿Por qué repudias a Raimundo?

—Padre, gimió la infeliz; entre los dos hay un abismo, un abismo inmenso. . .horroroso.

Por la imaginación del Padre Antonio cruzó una idea terrible.

—Moral? . . fíísico? . . Dí . . dí . . dí . .

—Fíísico. . . moral. . .horrendo. . .espantoso. . .

Entonces el Padre Antonio, rojo de ira, inquirió cruelmente:

—Flor de María, tú eres. . . pura? . . .

La joven abrió los ojos en una larga mirada de pavor y un grito de protesta se anudó en su garganta; pero recordó a su madre, vió un motivo de explicación a su conducta y doblando la cabeza, gimió, sin afirmar, sin negar, entre un gran sollozo de resignación que su madre y el Destino le imponían:

Padre! . . Padre! . . Perdón!

--Infeliz! . . Desventurada! . . Nunca! . . Jamás! . .

Flor de María se dió entonces cuenta de lo irremediable de su situación y bañada en llanto, de rodillas, juntas las manos, suplicó, desfallecida la voz:

—Perdón, Padre Antonio, perdón! . . .

—Nunca, jamás. Has engañado a Dios, a tus padres, a tu novio y a mí, tu padre Espiritual que creyó conocer las reconditeces de tu alma. . . No tienes perdón de Dios y yo no puedo darte lo que él te niega.

El Padre Antonio se levantó, rojo de ira y tembloroso. En su alma se había despertado la feroz severidad de su casta de monjas y de militares, y en aquel momento hubiera deseado para la pobre joven un infierno de llamas y de torturas eternas. Y volviendo la espalda se dispuso a marcharse.

—Piedad, Padre Antonio, piedad, gimió Flor de María, mientras se aferraba a la negra sotana del Ministro de Dios con su descarnada y pálida mano de lirio marchito; pero el Padre Antonio tiró colérico de la vestidura y Flor de María rodó al suelo, exánime.

El sacerdote volvió el rostro, vió a Flor de María desmayada en el suelo y se detuvo. La joven estaba medio desnuda, y flotaba sobre sus carnes blancas tal albor de virginidad y de pureza, que el Padre Antonio dudó de la culpabilidad de ella primero, de su justicia, después, hasta que, inclinándose, recogió en un movimiento supremo el cuerpo de la desdichada niña y lo colocó en la cama. Flor de María respiraba aún y el Sacerdote, posando su mano en la frente pálida y sudorosa de la niña, murmuró:

—Flor de María: en nombre de Dios yo te perdono!!

Flor de María pareció oír aquella voz de perdón, porque una sonrisa resplandeciente iluminó un momento su rostro cadavérico, y luego se fué tornando más pálida, más diáfana, hasta quedar inmóvil, últimamente. . .

XV

La muerte de Flor de María causó consternación general en el pueblo. Pronto la noticia corrió por los campos vecinos y la gente de los contornos comenzó a llegar a la casa de la difunta. Los portales de las casas vecinas se llenaron poco a poco de campesinos que callaban ahogados por el ambiente de dolor que flotaba en las calles desiertas de caballos y de tráfico. Y era que por sobre la pena natural por la muerte de Flor de María, vagaba la duda de algo peor, confuso y misterioso, pero que parecía cierto. Nadie sabía de dónde salió el rumor primero; pero se murmuraba de algo aún más triste que la muerte de la dulce niña.

Y fué que cuando se trató del entierro de Flor de María, el Padre Antonio, llamando a un lado a Don Pedro, le dijo gravemente:

—El ataúd de su hija debe ser negro!

Don Pedro no entendió al principio lo que el Sacerdote quería decir con aquello e inquirió, sorprendido:

—Negro?

—Sí: a ella no le corresponde caja blanca.

Entonces don Pedro, encendido de indignación ante la tremenda calumnia que se le esbozaba, gritó:

—Miente usted! Eso es una infamia y una profanación indigna. Y hágame el favor de retirarse de esta casa!

Y todos lo habían visto con el brazo tendido enérgicamente, mientras con el índice señalaba la puerta al anciano Sacerdote.

El Padre Antonio salió cabizbajo. El también tenía dudas sobre lo que acababa de afirmar, basado en la confesión de Flor de María; pero era una cuestión establecida y él lo advertía nada más, sin disponer nada, ni oponer nada. Y el rumor de aquel incidente era lo que flotaba sobre el hondo silencio y el callado dolor del pueblo.

Raimundo estaba sereno, trágicamente sereno. El misterio que rodeaba toda aquella larga desgracia que parecía principiar apenas; la repentina e inexplicada repulsión de Flor de María hacia él, todo lo sumía en un mar de cavilaciones de imposible solución. Y concluía

por doblar la cabeza llorando, ante la convicción de que con Flor de María se había acabado su primera ilusión, quizás la única ilusión de su vida.

Cuando entraba la caja mortuoria, Raimundo huyó de la sala, ahogado en llanto. Flor de María, blanca como el tul de su traje, como las azucenas y los lirios que la cubrían, parecía sonreír plácidamente, pero era su sonrisa aquella sonrisa de los muertos que hiela porque ella misma no es sino el pálido reflejo de la última visión querida que tuvimos, helada en los labios en el instante de extinguirse.

En el fondo de la alcoba, inadvertido, fijos los ojos en el cadáver de Flor de María, inmóvil como una esfinge, mudo como un espectro, estaba Juan de Dios, el loco. A despecho de su dolencia, hacía una semana que no cantaba y había colgado la guitarra para sentarse a meditar. Y cuando llegó a su conocimiento, vagamente, como a través de una niebla, la noticia de la tremenda desgracia, ni un músculo de su rostro se contrajo ni nada dejó adivinar que el amor de Flor de María y el anhelo imposible de alcanzarla habían sido la causa de su dolorosa enfermedad. Y allí se quedó, inmóvil, viendo cómo se la llevaban, camino de la Iglesia y del cementerio.

XVI

La tarde era una suave tarde primaveral, dorada por el Sol. Al paso del entierro las flores llovían haciendo una alfombra ante el anda, porque el pueblo entero había exigido que Flor de María, muerta, ocupara por última vez el lugar que tantas veces ocupara en las procesiones de la fiesta, y el Padre Antonio había tenido que ceder. Las gentes ahogaban sus sollozos para no romper el silencio solemne de aquella hora de angustia, turbado sólo por el tañer amargo de la campana, que venía en el viento.

Tan . . . tan tan . . . tan tan . . .

Y lentamente, silenciosamente, el cortejo entró a la Iglesia llena de gente, llena de flores y llena de sollozos. El Padre Antonio salió trémulo de emoción y húmedos los ojos en llanto. El pobre anciano tenía el presentimiento de que había cometido una grave falta con aquella pobre niña y de que había contribuido con su severidad a amargar sus últimos momentos y tal vez hasta a precipitar su muerte. Y ahogado por el llanto, con el hisopo en la mano, comenzó a murmurar su rezo . . .

En el silencio de la Iglesia, la voz del Padre Antonio era como un sordo murmullo, interrumpido sólo a ratos por algún sollozo entrecortado. Y el Sacerdote rociaba agua bendita sobre la caja mortuoria, mientras el llanto bajaba por sus mejillas acartonadas y flácidas.

De repente una mariposa azul vino a posarse sobre el féretro y el afligido Ministro del Señor vió reproducirse la escena que precedió a la muerte de Flor de María, recordó su espanto ante el leve y precioso insecto, y entonces, la superstición que recriminó en ella se apoderó de él, temió que una desgracia enorme estuviese próxima a descargarse sobre su cabeza pecadora, tuvo miedo, tuvo el dolor de su crueldad, y cayó de hinojos, implorando en un sollozo ahogado el perdón de la virgen muerta. Y las naves del templo se llenaron todas en un gran gemido que hacía eco al sollozar del anciano.

Don Pedro, que adivinó el sordo drama que se desarrollaba en el alma del anciano, más fuerte que él, agradecido quizás, fué hacia el Padre Antonio y lo levantó. Los que cargaban el anda se pusieron en movimiento y las ocho vírgenes que llevaban las ocho cintas blancas de la caja mortuoria comenzaron a andar, rojos los ojos de llanto.

La tarde moría lentamente sobre los montes lejanos, una estrella

de oro brillaba en el cielo serenamente azul y por sobre el grave silencio de la muchedumbre en marcha, la campana sonaba, triste, dolorosa. Tan. . . Tan. . . tan. . .

De pronto, la voz de Juan de Dios resonó clara y cristalina en el crepúsculo, diciendo una canción. Y aquel canto que en otras circunstancias hubiera parecido una amarga profanación, completaba el acerbo dolor de la escena y del instante. Porque la voz, melancólicamente dulce, más que un canto, parecía un gemido y más que una canción era una queja llena de amargura y de angustia. Y la voz cantaba:

*El Sol iba a tramontar
cuando en la caja mortuoria
la llevaban a enterrar;
y echaron a repicar
las campanas de la Gloria. . .*

*Tan Diáfano como un velo
era su traje de tul,
y antes de emprender el vuelo
la vino a buscar del Cielo
una mariposa azul. . .*

*La campana sollozó
con un sollozo sonoro
cuando el entierro salió
y en el Cielo se encendió
una nueva estrella de oro. . .*

*Y el enterrador fumaba
aburrido de esperar
y el entierro no llegaba,
porque el llanto no dejaba
a la gente caminar. . .*

*Pudiera seguir su huella
en la inmensidad vacía
y volara tras de ella. . .
Adiós, solitaria estrella
de mi noche de agonía! . . .*

Y cuando la voz calló, volvió a oirse, débil y remota, la voz de la campana que tañía:

Tan. . .tan tan. . . Tan. . .tan tan. . . Tan. . . tan tan. . .



